



MARIO-PERMUTH-LISTWA

Pepo Toledo. Premio Leonardo da Vinci de Naciones Unidas de las Artes y las Ciencias.

Discurso de agradecimiento

10/04/2026

Recibo este reconocimiento con profunda gratitud, pero, sobre todo, con asombro. Porque si algo he aprendido en el camino, es que el arte —como la vida— no es una conquista, sino una escuela. Y hoy no me siento un maestro... sino un alumno. Un alumno de Leonardo.

Da Vinci no fue grande por saberlo todo, sino por atreverse a no quedarse en una sola cosa. Pintor, científico, anatomista, ingeniero, soñador. Un espíritu en constante movimiento.

Y en esa libertad —sin proponérmelo— he caminado yo también. En mi reciente exposición Retrospectiva, el guion curatorial reflejó que mi vida no ha sido una línea recta, sino un mapa de búsquedas. Dios, en su infinita pedagogía, me ha dado nuevo oficio muchas veces: He sido el Pepo espiritual, buscando lo invisible. El Pepo científico, intentando entender la energía y el orden del universo. El Pepo poeta, tratando de nombrar lo innombrable. El Pepo cosmólogo, preguntándome de dónde venimos y hacia dónde vamos. El Pepo dual, habitando la tensión entre contrarios. El Pepo geopolítico, observando las fracturas del mundo. El Pepo niño, explorando mundos imaginarios. El Pepo loco, el más importante de todos. Y los Pepoglifos, ese idioma que no inventé, sino que recordé.

Hoy entiendo que no eran cambios de rumbo, eran lecciones.

Leonardo diseccionaba cuerpos para entender la vida. Yo he tratado de diseccionar la realidad desde el arte, para encontrar el espíritu. Pero hay algo que nos hermana profundamente: La certeza de que todo está conectado. El arte con la ciencia. La fe con la razón. La materia con lo invisible.

Y si algo puedo decir hoy, desde mi corazón, es esto: No soy el autor de mi obra. Soy apenas un instrumento. Cada escultura, cada texto, cada Pepoglifo, es un intento de responder a una pregunta que no es mía.

A Dios le debo todo, desde lo más pequeño hasta lo más significativo. Por eso, este premio no lo recibo como una meta, sino como un recordatorio. De seguir aprendiendo. De seguir cambiando. De no quedarme estático en ninguna forma.

Porque el verdadero arte —como la vida— no es una obra terminada. Es una obra en proceso.

Como decía mi entrañable camarada Efraín Recinos:
“Soy un eterno aprendiz de la vida”.

Gracias a quienes han caminado conmigo. A mi familia, a mis maestros, a mis colegas, a mis amigos, a Guatemala.

Gracias Leonardo, por recordarnos que el genio no está en la perfección, sino en la curiosidad sin límites.

Dedico este homenaje a mi querido amigo el ilustre maestro Ernesto Boesche Rizo, primer premio Da Vinci regional, por su legado artístico, su calidad humana y por haber cumplido el sagrado deber de compartir los dones y talentos que Dios nos ha dado.

Dan fe de ello representantes de las generaciones de artistas que formó, que hoy nos acompañan.

Muchas gracias

Foto: Interpretación hecha por Mario Pemuth con IA sobre lo que Da Vinci hubiera visto ese día sobre la base de la foto tomada por Evelyn Búcaro.